

EL ECO DE DAIMIEL

PERIÓDICO SEMANAL

Fundador, D. DEOGRACIAS FISAC Y OROVIO.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

	Precios. Cédula
Un trimestre	2 >
Un semestre	4 >
Un año	7 >
Número atrasado	0 15

PAGO ADELANTADO.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

PLAZA DE SANTA MARIA, 2, DUP.

Se publica todos los miércoles

CONDICIONES DE PUBLICACIÓN.

Anuncios por una vez, 0,10 la línea; por varias veces convencionales.

Comunicados, 0,25 la línea.

No se devuelven los originales.

Toda la correspondencia se dirigirá al Director

PAGO ADELANTADO.

DIOS GUÍE A LOS POBRES DESTERRADOS

Hace tiempo viene preocupando seriamente la atención de todo hombre pensador, ese hormiguero de familias emigrantes que aportan á diario á las ciudades del litoral.

La población española está sufriendo una verdadera sangría suelta con la pérdida de sus muchos hijos que marchan para la América del Sud y con esa pérdida un considerable quebranto en sus elementos de vida y prosperidad.

El movimiento de emigración se circunscribe otras veces á las provincias de Galicia y de Asturias, y hoy se ha hecho extensivo á toda España.

A una cifra aterradora llega el número de españoles de estas regiones que sin solución de continuidad salen para aquellas remotas comarcas.

¿Qué causas motivan esta situación de inquietud que coloca á los pueblos del Mediodía y del Levante de España en la precisión de tomar las alforjas y báculo, á semejanza de los judíos cuando comían el cordero pascual?

¿Por qué repentinamente se despierta en ellos ese instinto viajero que, como á las gelondrinas, los congrega en espesos bandos y los aleja de la madre patria?

¿Acaso los impulsa a aquel espíritu de codicia y enriquecimiento que movía á nuestros antiguos compatriotas é raíz de los descubrimientos en el nuevo mundo y les lanzaba en busca de los seguros tesoros que les brindaba una tierra virgen?

¡Ojalá y fueran análogos á esos los móviles que determinan hoy, entre nosotros, ese lamentable movimiento de emigración!

Por desgracia no es así!

La casi totalidad de esos emigrantes que abandonan sus hogares pueden con sobra de razón repetir aquellos sentidos versos del hijo de Racine, con motivo del paso de las aves peregrinas:

«Cuando la estación felice
Tornará en que, convocados,
Los paternos campos vean
Y otra vez dichosos sean
Tantos tristes desterrados?»

Desterrados, si, van la mayor parte de esos infelices y con lágrimas en los ojos darán su adiós á la patria, al perder de vista las costas españolas.

¡Muera España! ¡Mueran los caciques!
¡Muera el país que deja perecer de ham-

bre á sus hijos!, son los gritos que resonaron hace poco en el puerto de Málaga, lanzados por infinidad de emigrantes desde las bordas del buque en el momento de emprender éste su marcha para el Sud de América.

La dura ley de la necesidad, la lucha por la vida, el hambre descarnada los ahuyenta á otros países, donde se les brinda con el banquete que ha de satisfacer sus justas y legítimas necesidades.

Allá van á llevar con el concurso de su trabajo y de su ingenio la savia de la prosperidad y del adelantamiento á trueque del pedazo de pan que se les niega en su tierra infortunada, azotada por la epidemia de los oradores huecos, de los politiquillos y de los parásitos, que se están tragando, ellos solos, todo el tesoro de la colmena, fabricado por el reducido enjambre de la producción.

Allá se van los buenos, los sanos, los que trabajan y producen y se quedan por acá los perdidos, los inútiles, las piezas inservibles del organismo, los que pelitequean, los que perturban, los que pesan y pretenden pesar sobre el presupuesto, verdaderos jaramagos y cabrahigos que se aseman por las grietas del edificio cuarteado de la nación.

Y no es porque no haya mucho que hacer en su país por lo que emigran esos desgraciados.

Se van porque los *pachás* de la política actual con su desgobierno, con sus depredaciones han sumido en la mayor prostración á la agricultura, á la industria, al comercio y á todas las energías vitales del pueblo español.

Jamás políticos algunos cacarearon más de libertad, de administración y de virtudes gubernamentales como los que hoy gobiernan el país y jamás tampoco se notó mayor ausencia de cualidades semejantes.

Los políticos de la actual situación remedan á la pitonisa de Delos que pronunciaba sus oráculos sobre la virtud desde una cueva donde nunca habían penetrado sus rayos.

Su administración y su moralidad son una falsificación.

Su libertad es la hipocresía, la sonrisa del depotismo.

Que respondan sino la carencia de buenas disposiciones económicas, las insostenibles contribuciones, los odiosos tributos, las secallinas é inmoralidad des mil que fuerzan á esos pobres

emigrantes á huir del suelo que les vió nacer y buscar amparo en extranjero territorio.

Hay en la historia repeticiones de hechos que son verdaderos castigos.

La despoblación de España en tiempo de Felipe III, hecha á virtud de razones de Estado y por mantener la unidad de la creencia se considera por muchos como el borrón más ignominioso del gobierno de aquel Monarca.

Los que tan acerbamente acusan el proceder de Felipe III, ¿qué dirán del gobierno del Sr. Sagasta, despoblado á España con el látigo de la libertad y al compás del himno de Riege?

¡Dios guíe á los pobres desterrados!
ANGEL CALAN Y DOMINGUEZ.

MORALIDAD Y ECONOMÍAS.

IX.

Si nosotros fuéramos personajes de posición estaríamos orgullosos, porque algo de lo que hemos dicho en nuestros ocho artículos titulados *Moralidad y Economías* lo más sustancial han repetido después los principales periódicos y las más notables revistas de España, refiriéndose á la cuestión económica, de tal manera que el oscuro y humilde periodista de provincias ha dado con regular acierto por lo visto en el *quid* de esta importante discusión. Cierta que nadie dice de tal parte tomé este pensamiento, en tal otra encontré esta idea que por parecerme racional me la apropié; mas esto es tan común y nosotros somos tan excepcionales que no nos molestamos, ántes bien, visto que conseguimos nuestro propósito, que era que nos escuchasen, (sin que se nos ocultase que tal vez á muchos se les haya ocurrido al mismo tiempo nuestras ideas) quedámonos satisfechos.

Hay que abordar resueltamente el grave problema económico, contrariado por intereses especiales, y dejar por infructuoso el sistema de los remiendos que no producen sino perturbaciones en los intereses particulares y en los del Estado.

Mucho, muchísimo nos queda por decir, hijo todo de la experiencia adquirida por el estudio y la práctica durante cerca de ocho años que en los modestos sueldos de seis, cinco y ahora cuatro mil reales llevamos invertidos sirviendo en la Dirección general de Contribuciones y en la Administración de Contribuciones de la provincia de Madrid. Compañeros nuestros que, cuando nosotros teníamos categoría oficial, eran ellos aspirantes de segunda clase, tienen hoy ocho, diez y doce mil reales; y esto no lo decimos

como reproche á nadie ni en sen de protesta, ni á la manera de clamor, sino para que se vea que, por deficiencias que no son del caso exponer hoy, pero que más adelante se manifestarán explícitamente, no solo no hay estímulo en la carrera de empleado de la nación sino que se está siempre pendiente de una cesantía ó, por lo menos, de una rebaja de sueldo. Antes, el Ministerio de Hacienda, tenía la ventaja de una relativa inamovilidad; pero, á partir del famoso arreglo del difunto Sr. Orovio, aquella casa se desorganizó, y nos parece que ya no, hay quien la haga entrar en caja. Aquí han dado cabida á los sargentos, (con notorio perjuicio para los paisanos) creyendo que porque hacían la cuenta de la compañía, sin más estudios ni práctica la mayor parte, eran ya, por obra de Espíritu Santo, suficientemente aptos para sentar plaza de oficiales de Hacienda en cuyo ramo se precisa estar vaciado en moldes especiales, de idoneidad, aptitud, laboriosidad, y además tienen los estudios del grado de Bachiller en Artes y saber algo de tributación y expedientes. Aquí nos han traído á los maestros de instrucción primaria, Ingenieros, Farmacéuticos, Veterinarios, Abogados, Médicos y demás Señores mayores que poseen un título académico, creyendo sin duda que, porque en las Universidades ó Escuelas especiales les juzgaron dignos de la boria de Doctor ó del diploma de su carrera, que en nada se parece á la gestión administrativa del Estado ni con ella tiene relación de ninguna especie antes bien, las más de las veces, es contraria á esta, son, ya, aptos, como ninguno, para penetrar en los destinos de la nación disfrutando doce mil reales de sueldo, con grave perjuicio del derecho de los empleados antiguos probos é inteligentes pero sin título académico y sin padrino.

Pero, no nos precipitemos.

El tiempo que es el gran maestro para verdades, se encargará de probar que aquí no hay necesidad de moralidad ni precisión de economías, y que los que se permitieron echar á volar esas especies, no fueron más que necios parlanchines, ansiosos de notoriedad, ó bribones redondados que se habían olvidado de las palabras del fabulista.

Procure ser en todo lo posible

El que ha de reprender irreprochable.

Nó, no hay que hacer economías; nó, no hay que moralizar; lo que hay que hacer porque la necesidad lo impone es abolir los gremios, publicar las matrículas y repartimientos, reformar la legislación vigente, dar estabilidad á los empleados públicos remunerándoles su trabajo con haberes decorosos, no con mezuquinos sueldos; en una palabra, confesar que todos los que hemos entendido